



USTEDES OREN ASÍ: PADRE NUESTRO...

VENGA TU REINO¹

Premisa

Hemos llegado a la segunda pregunta fundamental del Padre Nuestro: "Venga tu Reino".

Decía el Card. C.M. Martini: «*Después de mucho reflexionar, preferí la solución propuesta por el P. Ledrus: "Santificado sea tu nombre" es la pregunta metafísica más radical, y "Venga tu Reino" es su realización histórica; "Santificado sea tu nombre" sigue siendo una petición general, de carácter absoluto, mientras que "Venga tu Reino" se refiere a su realización en la vida de Jesús*»².

Siempre según Martini, la invocación "Venga tu Reino" tiene interpretaciones diferentes.

Cuatro consideraciones: qué es el Reino; que este Reino ya no está; que no está pero viene; finalmente las actitudes con las que pedimos que venga el Reino.

I. ¿Qué es el Reino?

El Reino de Dios es la preocupación central de Jesús, es el contenido sintético de su predicación: «*Jesús fue a Galilea predicando el evangelio de Dios y dijo: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; arrepentíos y creed en el evangelio"*» (1,14-15).

El Reino de Dios es, por tanto, el centro del anuncio de Jesús.

I. Los sinópticos muestran a Jesús que habla del Reino de muchas maneras, especialmente en las parábolas.

Por qué Jesús hablaba del Reino en parábolas?

El problema de la teología y del mismo Jesús: ¿Es posible hablar de Dios? ¿Cómo?

Hablando de Dios, nos referimos no a cualquier ser del mundo conocido, sino al "Totalmente otro", al misterio absoluto, fundante y finalista, del que todo procede, hacia el que todo va, del que todo recibe sentido y cumplimiento.

¿Verdaderamente se puede hablar de Dios adecuadamente con palabras humanas?

Sin embargo, no podemos dejar de hablar de Él y también pretendemos hacerlo de la manera más precisa posible.

¹ Textos de referencia: C.M. Martini, Padre nuestro, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2016;

J.M. Vigil, Creer como Jesús: la espiritualidad del Reino, Artículo

² C.M. Martini, ob. cit. pag. 162

«Por supuesto, podemos hablar “de” y “a” este Dios solo por conceptos metafóricos, por imágenes y representaciones, solo por números y símbolos»³.

Jesús resolvió el problema usando parábolas.

1. Como no podemos hablar de Dios y de su Reino directamente, sino sólo de forma aproximada, mediante comparaciones y símiles... las parábolas son la única forma adecuada de hablar de Dios.

Las parábolas conectan el mundo humano y el mundo divino entre sí; los insertan unos en otros, los identifican, pero siempre con ese “es como” que salvaguarda la conciencia de la limitación de todo discurso humano sobre Dios.

2. Precisamente por esta "identificación" entre el Reino de Dios y el mundo, y por el hecho de "insertarnos" en esta dinámica, las parábolas no nos hacen comprender sólo a Dios y su Reino, sino también a nosotros mismos y al mundo.

Es posible resumir en qué consiste el reino de Dios?

Jesús pues habla muchas veces del Reino, pero en parábolas, con comparaciones, a través de metáforas, alusiones, imágenes, sin dar nunca una definición. No es fácil resumir todo esto.

Sigue Martini: «En mi opinión, podemos leer una excelente síntesis en la nota de la Biblia de Jerusalén a Mt 4,17: “La realeza de Dios sobre el pueblo elegido y, por medio de él, sobre el mundo, está en el centro de la predicación de Jesús, como lo fue del ideal teocrático del Antiguo Testamento. Se trata de un Reino de "santos" de los que Dios será verdaderamente rey, porque su Reino será reconocido por ellos a través del conocimiento y del amor. Comprometida por la rebelión del pecado, esta realeza debe ser restablecida mediante una intervención soberana de Dios y su mesías. Esta es la intervención que Jesús (...) lleva a cabo no con un triunfo militar y nacionalista como lo esperaba la multitud, sino de un modo enteramente espiritual, como “Hijo del hombre” y “siervo”, con la obra de redención que arrebató a los hombres del Reino adverso de satanás...”

Dios reina verdaderamente cuando su bondad vence la humilde adhesión espontánea de los corazones libres con la mansedumbre de la gracia. La omnipotencia divina resplandece soberanamente en los triunfos de la misericordia, cuando hace madurar la vida eterna en los elegidos...

El Reino consiste en la efusión plena y gratuita de la vida divina en el corazón y desde el corazón de los hombres redimidos⁴»⁵.

II. La oración “Venga tu Reino” afirma también el humilde deseo del discípulo de que una realidad de origen pobre, manso, casi despreciado, conquiste poco a poco el corazón de los hombres y sea aceptada con gozo y libertad.

Entonces el Reino es una realidad que no se etiqueta fácilmente, sino que se vive siguiendo a Jesús día tras día y confiando en las palabras de su Evangelio.

³ H. Küng, *Perché sono ancora cristiano*, Ed. Marietti, Genova 1988, p.28

⁴ M. Ledrus, *Padrenuestro*, oración evangélica, Borla, Roma 1981, pp. 98-99

⁵ C.M. Martini, ob. cit. pp. 165-167

Una realidad que se vive siguiendo a Jesús que, desde el comienzo de su misión pública, en el Jordán, se humilla poniéndose en fila entre los pecadores y declarando así que quiere anunciar el Reino en la humildad, en la clandestinidad, en el desprecio de los privilegios.

Por tanto, es justo pedir que venga el Reino, porque no puede ser nuestra conquista. Es Dios quien obra el Reino, es Él quien entra en los corazones y los gana; es Él, con la gracia del *Espíritu Santo*, *quien toma posesión* de las almas y las transforma a la imagen de Jesús.

En otras palabras, el Reino es Jesús, es su vida, su modo de vivir, de amar, de sufrir: precisamente por eso el Reino se propone de manera formidable e incontrovertible en la cruz, en la muerte de Jesús por amar⁶.

Dios como Dios del Reino⁷

Muchos creen en Dios, pero son ya menos los que creen en el Dios de Jesús, o lo que es lo mismo, son menos los que creen en Dios «como creyó Jesús». El no creyó en un Dios ajeno a la historia, ni creyó en él como algo en sí mismo, de lo que se pudiera hablar como separado de nosotros. El Dios de Jesús es un Dios del que hay que hablar siempre como de una realidad dual: Dios y el Reino. Dios del Reino, y Reino de Dios.

Un Dios sin Reino (lamentablemente tan común entre cristianos) nada tiene que ver con la fe de Jesús.

El Dios de Jesús es siempre un Dios con una voluntad, con un proyecto, con una utopía: Dios «sueña» un mundo distinto, nuevo, renovado, digno del ser humano y digno de Dios.

Y ese proyecto, esa utopía se llama - en las mismísimas palabras de la boca aramea de Jesús - «malkuta Jahweh», Reino de Dios.

Ese Reino fue también el proyecto, el sueño, la utopía de Jesús: la Causa por la que él vivió, de la que él habló, con la que él soñó, por la que se arriesgó, por la que fue perseguido, capturado, torturado y ejecutado.

Ese Reino de Dios fue el centro de la vida y de la predicación de Jesús.

Fue su «opción fundamental», en palabras de antropología moderna.

El Reino de Dios (del Dios del Reino) es para Jesús el centro unificador de su experiencia religiosa, de sus sueños, de su mensaje y predicación; éste es uno de los rasgos más fundamentales de la fe de Jesús; por ello espanta pensar qué tendrá de cristiano todo aquello que, consciente o inconscientemente, pone a otras cosas y no al Reino en el centro del cristianismo.

II. El Reino de Dios aún no está en su plenitud

Nuestra repetición de la invocación demuestra, por otro lado, que el Reino de Dios aún no está en su plenitud. De hecho, está escondido, en la levadura, es una semilla, es una pequeña planta, y una brizna de hierba y se necesita el ojo de la fe para verlo.

Nuestra fe, sin embargo, ve, a pesar de su aparente poder excesivo, la presencia silenciosa del Reino ya establecido que se opone a Satanás y, como semilla y levadura, fermenta la historia⁸.

⁶ Cfr. C.M. Martini, ob. cit. pp. 169-170 passim

⁷ J.M. Vigil, art.cit.

⁸ Cfr. C.M. Martini, ob. cit. pp. 172-173 passim

Mutua implicación entre trascendencia e inmanencia⁹

Si bien el Reino no es de este mundo por su origen (tiene su origen en Dios: «*Mi Reino no es de este mundo*», Jn 19,36), está ya en medio de nosotros manifestándose en procesos de liberación («*Si expulso los demonios es que el Reino de Dios ha llegado y está en medio de ustedes*», Mt 12,28; Lc 7,18-23) a distintos niveles y en todos los campos.

Toda liberación que aquí vivimos muestra la acción de la salvación escatológica anticipándose, fermentando ya desde ahora la realidad que quedará plenamente transfigurada en la escatología. Y eso es lo que nos permite, como a Jesús, ser contemplativos en la Historia, en sus procesos, en sus avatares.

Todo dualismo entre trascendencia e inmanencia, entre las cosas de arriba y las de abajo, entre este mundo y el otro, las cosas divinas y las cosas del mundo, no procede de la fe de Jesús.

III. El Reino de Dios viene

¿Cómo viene el Reino? Ciertamente no en virtud de nuestras obras, sino con el poder de Dios, con el poder de Jesús, con la gracia del Espíritu Santo. Queremos pedir con confianza que el humilde poder de Jesús se manifieste hasta el completo y definitivo desvelamiento.

En última instancia, Jesús realiza el Reino a través de su pasión¹⁰.

IV. ¿Con qué actitudes pedir que venga este Reino?

¿Cuáles son entonces las actitudes con las que expresar esta pregunta y las actitudes que sugiere?

La actitud fundamental no es el esfuerzo por el Reino por venir, casi como si tuviéramos que bajarlo a la fuerza desde arriba, sino una actitud de esperanza y de paz¹¹.

Una confianza absoluta

Esta oración nace de una gran esperanza, de una confianza absoluta, de un abandono total en el Señor. Y mientras lo recitamos queremos seguir los pasos de Jesús, que nos enseña cómo llega el Reino viviendo una vida de pobreza, de amor, de perdón, de entrega hasta la muerte.

La misericordia¹²

Jesús fue llevado por una pasión, por una misericordia fundamental que le ardía en el corazón. Su punto de apoyo no era una doctrina teórica o un análisis sociológico, sino el conmoverse de sus entrañas ante todo dolor y sufrimiento, signo de la ausencia de Dios.

En el fondo de toda vida humana vivida con profundidad hay una pasión por la dignidad y los valores y una reacción ética ante la realidad que los contradice.

⁹ J.M. Vigil, art.cit.

¹⁰ Cfr. C.M. Martini, ob. cit. pp. 173-175 passim

¹¹ C.M. Martini, ob. cit. p. 175

¹² J.M. Vigil, art.cit.

Los evangelios nos testifican abundantemente la misericordia de Jesús, su “com-pasión”, brotada de sus entrañas conmovidas al contemplar la realidad, que lo hace vibrar de indignación ética ante la injusticia, y de exultación jubilosa al ser testigo de la liberación de los oprimidos.

Esta capacidad de vibración, esas «entrañas de misericordia» que le dan una fuerza incontenible, forman parte de la forma de creer de Jesús.

Opción por los pobres¹³

Jesús percibe la existencia de intereses contrapuestos por parte de grupos diversos de la sociedad que son actores más allá de sus meras individualidades. Jesús se refiere a diversos «plurales»: los pobres, los ricos, los maestros de la ley, los fariseos...

Y Jesús toma una postura en ese entramado conflictivo de intereses. Trata de leerlos desde la «justicia del Reino» y se ubica en solidaridad total con los pobres; de toda clase: el pobre económico, la mujer, el niño, el marginado, el leproso, el pecador. Éstos lo sienten suyo, y a su favor, y los enemigos de los pobres sienten que no está de su propio lado.

Jesús, a pesar de ser la presencia entre nosotros del Amor mismo, no permaneció neutral. El estuvo siempre inequívocamente alineado con los pobres, con las víctimas de la injusticia. Y llamó a todos – incluidos los poderosos y los que se pretenden neutrales por motivos religiosos – a convertirse y volverse a la solidaridad efectiva con los pobres.

Dios quiere que se realice su proyecto, el Reino; quiere introducir todo en el orden de la voluntad de Dios. Y eso es una Buena Noticia para los pobres de toda clase: Jesús se dedicó entusiasmado a propagarla.

Creer como Jesús implica hacer también nosotros esta misma toma de postura y entregar la vida a proclamar y a realizar con los hechos esta Buena Noticia.

En resumen

En resumen: no se trata solamente de creer «en Jesús», cuanto de creer «como Jesús», con su misma «espiritualidad del Reino». Porque hay muchos que creen «en Él», pero no creen «como él». Y ya sabemos: también los demonios creen «en Él», pero de nada les sirve (Sant 2, 19)

«Seguir a Jesús» – una metáfora a veces desgastada – no consiste en ir por caminos exóticos por los que Él no fue; consiste más bien en continuar nuestro camino «de la misma forma como Él» recorrió el suyo: habérselas frente al mundo y frente a la Historia como Jesús se las hubo, tener frente a la realidad rebeldía y esperanza, utopía y realismo, indignación y ternura, lucha y contemplación, y todo ello desde la perspectiva del Reino como centro de todo.

«La Chiesa ha una buona novella da annunziare ai poveri. Quelle stesse persone, che per secoli hanno ascoltato solo cattive notizie e vissuto realtà anche peggiori, ora, attraverso la Chiesa, stanno ascoltando la parola di Gesù: “Il regno di Dio è vicino” (Mc 1,15), “Beati i poveri, perché di essi è il regno dei cieli” (cfr. Mt 5,3). E, a partire di lì, hanno pure una buona novella da annunziare ai ricchi: che costoro si convertano al povero, per condividere con lui i beni del Regno...»

(Oscar A. Romero, La dimensione politica della fede, Lovanio 2 febbraio 1980)

¹³ J.M. Vigil, art.cit.